

LA POLÍTICA MARÍTIMA DE ALFONSO X: LA TOMA DE SALÉ EN LA CRÓNICA DE ALFONSO X Y EN LAS FUENTES MUSULMANAS

Concepción CEREJO MARTÍNEZ
Universidad de Alcalá

La Baja Andalucía como punto de partida y base de operaciones marítimas

A mediados del siglo XIII, la Reconquista había reducido notablemente el territorio del islam peninsular, de modo que éste no suponía amenaza alguna para los reinos cristianos más allá de las escaramuzas fronterizas, aunque Alfonso X no ignoraba que podían animar la sublevación entre los mudéjares que habían permanecido en los territorios incorporados al dominio castellano (1).

Sometidos, de momento, los musulmanes peninsulares, el Rey Sabio pudo dirigir su atención a una empresa proyectada por su padre: la invasión del norte de África. Había dos razones para ello; una, de carácter ideológico, y otra, de índole estratégica. No sería la primera vez que los peninsulares lograban tener con aquellas tierras unidad política; la antigua provincia romana de la Mauritania había sido parte de la diócesis imperial de Hispania; lo mismo había hecho el Califato, y otro tanto acababan de lograr los almohades. En un plano mucho más realista, los estrategas castellanos consideraban que la invasión contribuiría a controlar los puertos del estrecho de Gibraltar, al tiempo que impediría futuras invasiones desde África.

Las necesidades de la guerra para la conquista de la Sevilla almohade modificaron hondamente la situación de la marina de Castilla y la obligaron, desde 1247-1248, a organizarse de modo permanente en las aguas del sur. En consecuencia, los hombres de las costas de Andalucía inician el largo aprendizaje a cuyo final están, primero, las aventuras de la exploración por la costa africana, y luego, la gran aventura del descubrimiento de América.

La gran evolución marinera de Castilla se realizó en el reinado de Fernando III, al poner sitio a Sevilla. El rey escogió para organizar la operación naval a un burgalés, Ramón Bonifaz, de probable ascendencia mediterránea, que organizó en el Cantábrico una escuadra poderosa (2). Estas naves, entrando en el Guadalquivir, pudieron romper el puente de barcas que unía Sevilla con Triana. Después de Sevilla, Fernando III obtuvo por pactos (1249) todas

(1) O'CALLAGHAN, J.: *El Rey Sabio. El reinado de Alfonso X de Castilla*. Universidad de Sevilla, 1996, p. 207.

(2) PÉREZ-EMBED, F.: *La Marina Real castellana en el siglo XIII*. AEM 6. 1969, pp. 141-184, 143.

las tierras bajas del Guadalquivir: Lebrija, Arcos, Jerez y Sanlúcar, hasta Cádiz, quedando Castilla frente al Atlántico. La guerra se traslada al Estrecho, y al comercio se le abren nuevas rutas. Poco a poco toda la vida de Castilla virará hacia este océano.

Inmediatamente después de la conquista de la capital andaluza, el monarca debe hacer frente a un arduo problema de organización ciudadana. En 1251, estando Fernando III en Sevilla, le otorga privilegio de fuero, por el cual le concede el fuero de Toledo. El documento establece diversas disposiciones especiales, entre otras, las referentes a los caballeros sevillanos, a los mercaderes y a la gente del mar; destacamos que en ellas la misión de los armadores se establece de una manera todavía embrionaria, y se regula la vida del barrio sevillano del mar, cuyos pobladores serían inicialmente las gentes que habían venido en las naos y galeras de Ramón Bonifaz para la conquista de la ciudad, y a los que, más tarde, se unirían otros. Aún no ha llegado el momento de crear las atarazanas, pero el privilegio fija un número de artesanos que se ocuparían de las construcciones navales: «Veinte carpinteros que labren vuestros navíos en vuestro barrio, y (...) ferreros...» (3).

Inmediatamente después de la promulgación del fuero de Sevilla, Fernando III considera que está en condiciones de seguir la lucha. Precisaba dominar en sus lugares de origen el ímpetu de los musulmanes africanos que acudían en auxilio de sus correligionarios como lo había experimentado en el asedio de Sevilla, cuando para impedirle que subiese Guadalquivir arriba, Abu-Zakariyya de Túnez envió en socorro de la ciudad una flota organizada en Tánger y Ceuta que fue rechazada por los barcos de Ramón Bonifaz. Acaricia entonces la idea de saltar al Magreb. El ataque a los musulmanes en sus propias bases tenía que resultarle tentador, pero la muerte del rey truncó esos propósitos. Será su hijo Alfonso X quien recogerá los proyectos donde aquél los dejó.

La presencia de castellanos en África se había iniciado tímidamente cuando comenzó a desintegrarse el poder almohade. En Marrakech fue admitido, en 1229, un núcleo de cristianos con una iglesia dedicada a Santa María, su obispo y sus privilegios. Cuando los reinos de Castilla y Aragón fijaron legalmente sus límites en la Península (tratado de Almisra, 1244), Fernando III y Jaime I aludieron inequívocamente al fondo africano de sus previsiones expansivas. La orientación africano-atlántica de Castilla sería consolidada, más adelante, a fines del siglo XIII, entre Sancho IV y Jaime II de Aragón (convenio de Soria o de Monteagudo, 1291), que fijó en el río Muluya la frontera entre las zonas magrebíes respectivamente reservadas a ambos reinos peninsulares contratantes (4). Hacia oriente de aquel río sería la zona prevista para Aragón. Castilla, en consecuencia, queda empujada hacia el vértice mismo del Estrecho y la costa atlántica, espacio en el que tendrá como rival a Portugal.

(3) *Ibidem*, p. 156.

(4) PÉREZ-EMBID, F.: *Estudios de historia marítima. Homenaje de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras*. Sevilla, 1979, pp. 104-105.

Para acometer la conquista de las tierras más allá del Estrecho, Alfonso X necesitaba barcos y hombres de mar que los condujeran. Para empresa de tal envergadura es evidente que no bastaban los medios marinos que pudiesen proporcionar los lejanos astilleros del Cantábrico. El monarca ultima la construcción, ya iniciada por Fernando III (5), de las atarazanas de Sevilla, que han de proporcionar los barcos necesarios. En 1252 el gran vacío que queda fuera de las murallas, entre ellas y el río, contempla cómo se llevan a cabo los trabajos de las atarazanas reales, cuyo edificio se alza sobre el propio solar de las antiguas atarazanas almohades.

El arsenal era grande: 16 anchas naves, separadas por pilares robustos, sobre los cuales descansan arcos en ojiva; debajo de ellos podían fabricarse y albergarse muchas galeras y demás barcos. «Su planta formaba un cuadrilátero de unos 182 metros de longitud, dividido en dieciséis naves de diferente anchura, normales a la corriente del río, separadas por recios pilares de ladrillo que sostenían bóvedas del mismo material, de medio cañón agudo y de 12,53 metros de elevación. Algunos de los arcos tenían su parte central remediada, siguiendo el modelo de los del patio de la mezquita mayor sevillana en los que se inspirarían los del templo sevillano de San Román.» (6) Las maderas para la construcción de barcos se podían cortar libremente en los montes del rey, y así se dispuso en 1253 para lo sucesivo. Las talas se efectuaron en las sierras de Constantina, Aracena y Segura.

En agosto de 1253, Alfonso X contrata a un grupo de 21 marineros de Cantabria, Francia e Italia para que fuesen capitanes o cómitres de sus navíos. A cambio de un salario, de tierras y casas en Sevilla y su comarca, cada uno de ellos se comprometía a ser cómitre al servicio del rey y cuidar de la galera que él les entregase, a la que debían tener siempre provista de todo lo necesario. La galera tenía que ser rehecha cada nueve años. El botín se dividiría en partes iguales entre el rey, de un lado, y del otro, los cómitres y tripulantes (7).

La preocupación por los asuntos marítimos lleva a dar el paso siguiente, que fue la creación del cargo de almirante de la mar. Aunque Ramón Bonifaz había organizado una flota para participar en el cerco de Sevilla, nunca fue designado oficialmente almirante. Alfonso X nombró para el cargo a Ruy López de Mendoza, personaje de relieve en la corte (8). Hasta 1254 venía siendo citado en los documentos sin relacionarlo para nada con el Almirantazgo; ahora, en diciembre de 1254, es cuando se le empieza a titular almirante.

Al tiempo que organizaba la flota, Alfonso X solicitó la ayuda del papa y que la Iglesia aceptase los pactos o alianzas que concertase con los musulmanes. Inocencio IV dio su consentimiento en octubre de 1252. En los dos años siguientes concedería indulgencia plenaria a cuantos se alistasen como cruzados y autorizaría al rey a tomar una parte de los diezmos —las «tercias»—

(5) PÉREZ-EMBED, F.: *La Marina...*, p. 158.

(6) TORRES BALBÁS, L.: «Atarazanas hispanomusulmanas». *Al-Andalus*, 11 (Madrid, 1946) p. 198.

(7) PÉREZ-EMBED, F.: *Estudios de...*, pp. 99-100.

(8) *Ibidem*, p. 104.

para financiar la cruzada (las tercias reales equivalían a las dos terceras partes del llamado «tercio de fábrica de las iglesias», con cuyo importe se atendía la reparación de templos y la adquisición de objetos para el culto) (9). En 1255 Alejandro IV designó a don Lope, obispo de Marruecos, legado apostólico en Marruecos, ordenándole predicar la cruzada y conmutar los votos de quienes habían prometido ir a Tierra Santa si querían acudir a África. De esta forma la expedición africana tenía el carácter de cruzada pontificia dotada de indulgencia plenaria.

Alfonso X convocó Cortes en Toledo en marzo-abril de 1254, con la esperanza de despertar el entusiasmo general. La presencia en estas cortes de otros reyes moros, vasallos de Castilla, indica que éstos prometieron colaborar con la expedición, o al menos no impedir la empresa. Además, cuando a fines de marzo se firmó en Toledo un tratado de paz entre Castilla e Inglaterra, el monarca inglés Enrique III prometió participar en la cruzada, compartiendo por igual con Alfonso X las tierras que conquistasen en África. Antes, Inocencio IV debía desligar al rey inglés de su promesa de ir a Tierra Santa, cosa a la que el papa, buen conocedor del valor que Enrique III daba a sus compromisos, se negó. De cualquier forma, como puntualiza el profesor O'Callaghan (10), hay que decir que Enrique III, a la postre, no fue ni a África ni a Tierra Santa.

Aunque el impulso hacia la campaña africana tuvo efecto en los comienzos del reinado, Alfonso X no pudo realizar esos proyectos con la celeridad que deseaba. En primer término, la construcción de las atarazanas, imprescindible arsenal de la flota del sur, no se improvisaba en pocos días y, por otro lado, atenciones preteritorias, complicaciones de política interior se lo impidieron.

La actividad del Rey Sabio se vio casi totalmente absorbida entre 1254 y 1260 por otras cuestiones internacionales, como las dificultades con Navarra y el «fecho del Imperio». A pesar de ello mantiene su preocupación por el problema africano, preocupación cuyas huellas pueden rastrearse en los documentos de esos años. En el curso de las negociaciones imperiales, el rey concertó acuerdos con diferentes ciudades de Italia y del Mediodía francés; y así, los pisanos le prometieron (fines de 1254) 10 galeras con dicho fin, y Marsella (septiembre 1256) se comprometió a otro tanto durante tres meses, transcurridos los cuales los gastos correrían de cuenta del rey de Castilla (11).

En abril de 1258 daba el rey un privilegio a Alicante en el que se dice que es buen puerto de mar y que podrá servir a Dios de muchas maneras, señaladamente en el «fecho de allent mar contra la gente pagana». El mismo documento contiene otra cláusula más esclarecedora en relación con los asuntos africanos: «Viniemos a Alicante a la saçon que enbiamos receuir el castiello de Tagunt allent mar» (12). El soberano se refería a una estancia suya en aquella ciudad el año anterior, 1257. Esta breve y curiosa noticia suscita una serie

(9) O'CALLAGHAN, J.: *op. cit.*, p. 212.

(10) *Ibidem*, p. 213.

(11) PÉREZ-EMBIID, F.: *La Marina...*, p. 169.

(12) BALLESTEROS BERETTA, A.: *Alfonso X el Sabio*. Ed. El Albir, S.A., Barcelona, 1984, p. 259.

de cuestiones desconcertantes. Desconocemos de quién recibió el rey este castillo, o por qué causa, y sobre todo no está claro dónde está Tagunt. El profesor Ballesteros supuso, aunque con reservas, que se trataba de Tánger, uno de los principales puertos del norte de Marruecos. La disímil grafía de ambos topónimos hace bastante improbable esta hipótesis. Duffourcq (13) propuso, parece que con mayor acierto, la identificación de Tagunt con Taount, en la costa africana al oeste de Orán.

Sobre esta particular noticia, el profesor O'Callaghan se basa en una bula de Alejandro IV, de 26 de septiembre de 1258, en la que se declaraba que «el ilustre rey del reino de Tenetu se había sometido» a Alfonso X y solicitaba su autorización para erigir allí una catedral, «de forma que la religión cristiana pudiese florecer en dicha ciudad reino» (*illustris rex regnum Tenetu (...) submisit (...) ut in eadem civitate ac regno ipso vigere possit religio cristiana*) (14). Aunque en alguna ocasión se ha identificado el reino de «Tenetu» con Túnez, este profesor cree que se trata de Tagunt o Taount. Tal vez, añade, el gobernador o rey y los moros de dicha ciudad, ante el colapso del imperio almohade y el surgimiento de la dinastía meriní, optaron por ponerse bajo la protección de Alfonso X y le entregaron el alcázar. Sea como fuere, nada más sabemos sobre este particular. El rey continuó con sus intentos por desarrollar Alicante, confirmando el reparto de casas y tierras y otorgando a los repobladores nuevos privilegios; pero el sometimiento de Tagunt, por efímero que fuera, permite suponer que animaría al rey a emprender la aventura africana.

A principios de 1258 volvió a tratar sobre el «fecho» de África en las Cortes de Valladolid. Apremió también a las ciudades de Galicia y Asturias a responder prontamente a su petición de ayuda y de un préstamo, al tiempo que les comunicaba que los navíos y galeras solicitados para el «fecho de la Cruzada» debían estar en Cádiz el 1 de mayo (15).

Preparativos para la campaña de África

Los grandes preparativos para la campaña de África se realizaron en 1260. Gobernaba entonces Marruecos el emir Abu Yusuf Yaqub ben al-Haqq, de la dinastía de los Benimerines. Las luchas entre almohades y mariníes fueron duras, y aunque los últimos alcanzaron la supremacía, sus adversarios no habían sido aniquilados y los rescoldos de la contienda podían encenderse de nuevo de un momento a otro.

Un privilegio rodado de 25 de enero de 1260 arroja luz sobre la campaña de África. Se trata de una donación real que dice: «Por fazer bien e merced a Roy Garcia de Sant Ander, por muchos servicios que nos fizo, señaladamente por el seruicio que nos fizo sobre mar en la nuestra conquista, quando gana-

(13) DUFFOURCQ, C.E.: *L'Espagne catalane et le Maghrib aux XIIIe et XIVe siècles*. Presses Universitaires de France, 1966, p. 24.

(14) O'CALLAGHAN, J.: *op. cit.*, p. 214.

(15) *Ibidem*, p. 215.

mos el regno de Murcia, et otrossi por seucio que nos ffara en este fecho que auemos començado pora allend mar, a seruicio de Dios et a onrra et a pro de nos et de todos regnos» (16).

Podemos inferir que Roy García de Santander era un marino cántabro que había contribuido, al mando de sus naves, a la reconquista de Murcia. Apunta el profesor Ballesteros que otra lógica consecuencia que se desprende del texto es que la marina del sur, todavía incipiente, no tenía poder suficiente y necesitaba la eficaz colaboración de los marinos del Cantábrico. El privilegio alude al comienzo de una campaña «allent mar», pero sólo se dice que los preparativos han empezado ya, sin otra aclaración.

Alfonso X quiso conseguir el apoyo de su suegro, el rey de Aragón, para lo que se reunió, en marzo de 1260, con Jaime I en Ágreda. La crónica alfonsina omite esta importante entrevista. Los acuerdos con el rey de Aragón dan sus frutos. En abril, Jaime I concedía licencia a sus infanzones y demás vasallos para que acudieran «cum illustris Rex Castellae contra sarracenos ad exaltandam fidem catholicam propone tire manu armata». La carta se fecha en Lérida, y en ella se establece una excepción: «Dum tamen malum non faciat Regi Tunici, nec sarracenis submissiis eidem» (17). El monarca aragonés autorizó a sus vasallos a unirse, si querían, a la cruzada que se proyectaba, pero les ordenó abstenerse de atacar al sultán hafsi de Túnez, con quien mantenía relaciones de amistad y cuyo territorio consideraba probablemente como zona de influencia y de potencial expansión aragonesa. El soberano castellano se muestra disgustado por esta excepción: «Chosas hia en que non uso pesarie quel sacasedes, e chosas en que tenemos que non lo deviedes querer» (18).

Era soberano de Túnez Abu Abd Allah Muhammad, hijo de Abu Zakariyya que, como ya hemos visto, en su tiempo intervino en los asuntos de España. Su hijo acogió en su reino a muchos musulmanes hispanos que abandonaban la Península, ocupada por el empuje reconquistador de Jaime I y de Fernando III. Alfonso X recelaba del rey de Túnez, cuya persona se le hacía especialmente antipática por la protección dispensada a su hermano, el rebelde infante don Enrique. Este infante, desde su huida del reino, frustradas sus ambiciones y el proyectado matrimonio con doña Constanza de Aragón, seguido por muchos hidalgos había residido en tierras del sur de Francia, para luego, probablemente a fines de 1259, pasar con los caballeros de su mesnada y otros aventureros a Túnez. Un pasaje de la obra de Ibn Jaldun confirma la presencia de don Enrique en Túnez y hasta da la fecha: «El año 658 [1260] el príncipe don Enrique, que había roto con su hermano, el rey de Castilla, vino a Túnez. El sultán lo colmó de consideraciones y regalos. Lo estableció en su corte de la manera más espléndida y le prodigó las atenciones sólo reservadas a los soberanos y a los personajes de alto rango» (19).

(16) BALLESTEROS BERETTA, A.: *op. cit.*, p. 260.

(17) *Ibidem*, p. 261.

(18) *Ibidem*.

(19) IBN JALDUN: *Histoire des Berbères et des dynasties musulmanes de l'Afrique septentrionale*, t. II (trad., barón de Slane). París, 1927, pp. 335 y ss.

Al tiempo que centraba su atención en la reclamación del imperio, en las Cortes de Toledo, celebradas a fines de 1259 y principios de 1260, Alfonso X solicitó consejo al rey de Granada, quien le advirtió de que si sus esperanzas imperiales no se realizaban, él le mostraría cómo podría tener un mejor imperio, presumiblemente en África. En 1260 los planes para una expedición allende el mar se desarrollaron rápidamente. El papa Alejandro IV designó al obispo de Segovia para predicar la cruzada contra los sarracenos de África (*contra quos idem rex intendit in manu pretendi procedere*, «contra los sarracenos de África, contra los cuales pretende dirigirse el rey») (20).

La documentación nos informa de un nombramiento de importancia que nos pone sobre la pista de los preparativos para una acción inminente. Se trata del de Juan García de Villamayor como almirante, el 27 de julio de 1260; la finalidad de este nombramiento la expresa claramente el documento al decir «que auemos de leuar adelante el ffecho de la Cruzada dallent mar a seruicio de Dios et a exaltamiento de la Cristiandad» (21).

La muerte de su almirante, Roy López de Mendoza, a principios de año había sido un motivo de retraso. El rey nombró en julio a Juan García de Villamayor como adelantado de la mar. Juan García — amigo íntimo del monarca y su mayordomo mayor — recibió todos los derechos que debe tener como almirante. Todos los puertos del reino debían obedecerle «en todo fecho de mar como por nuestro almiraje y reconocerle todos los derechos de almiraldía» (22).

El siguiente paso para poder realizar sus proyectos africanos fue establecer una base naval junto al océano Atlántico. Para ello, según O'Callaghan (23), escogió Alcanete (al-Qanatir) bajo su nuevo nombre de El Puerto de Santa María, situado en la orilla derecha del Guadalete, enfrente mismo de Cádiz, y dotado de una bahía excelente protegida del mar abierto. La transformación de El Puerto de Santa María en una base naval se inició probablemente entre agosto y principios de septiembre de 1260, pero hasta algunos años más tarde no se establecería allí una población permanente.

Por el momento, las costas meridionales de Castilla son angostas, y no existen como zona políticamente operativa. Recordemos que Fernando III había obtenido por pactos toda la región del sur de Sevilla hasta Cádiz (1249), pero aquello no había sido una verdadera ocupación ni repoblación, pues los núcleos de musulmanes con los que había pactado permanecieron en la comarca, y ésta no será realmente cristiana hasta que Alfonso X domine por las armas la sublevación general de los moros andaluces, apoyados por los benimerines (1264). Al iniciar su reinado, Alfonso no incorporó estas ciudades de modo seguro a su corona; sus desvelos se centraron en la reorganización de Sevilla, donde sienta los fundamentos de la Marina Real, a fin de proveerse de los medios de combate necesarios para arriesgarse a empresas africanas de cierta envergadura.

(20) O'CALLAGHAN, J.: *op. cit.*, p. 215.

(21) BALLESTEROS BERETTA, A.: *op. cit.*, p. 273.

(22) O'CALLAGHAN, J.: *op. cit.*, p. 216.

(23) *Ibidem*, p. 216.

En cuanto a Cádiz, su reconstrucción se inició en el verano de 1260. Aunque la ciudad estaba incluida dentro de los dominios de Fernando III, parece que sus habitantes eran pocos en el momento en que Alfonso X acometió su repoblación. Sabemos que en 1261 Pedro Lorenzo, uno de los principales colaboradores del rey, figura como arcediano de Cádiz, lo que indica que el emplazamiento urbano estaba comenzando a ser organizado eclesiásticamente como parte del arzobispado de Sevilla (24).

Basándose en la situación de Cádiz, en que Jerez no será organizada como ciudad de frontera hasta 1264, y en que El Puerto de Santa María no ha sido poblado aún, Pérez-Embid (25) sostiene que, cuando Alfonso X prepara la salida de sus barcos, la única base de partida efectiva era Sevilla, y la ruta obligada es el cauce y la desembocadura del río por la barra de Bonanza o Sanlúcar.

En su día, el profesor Ballesteros apuntó la posibilidad de que fuese El Puerto de Santa María la base de donde se partiese, pero A. Huici Miranda (26), basándose en las fuentes musulmanas, afirma que la expedición se organizaría, sin duda, en Sevilla, pero el punto donde se concentró y de donde partió fue la bahía de Cádiz, y concreta, siguiendo el texto árabe de Al-Bayan, en la isla de Cádiz, y en Cádiz también anclaron las naves que regresaron de la infortunada campaña.

La conquista de Salé

Tras larga preparación y varios aplazamientos, la cruzada de África se puso en marcha a fines del verano de 1260. Su objetivo inmediato fue la ciudad de Salé, un puerto de la costa atlántica de Marruecos, junto a Rabat.

Salé era uno de los más conocidos centros de piratas, ya desde el siglo XII frecuentado por navíos de Sevilla y de otros puertos ibéricos (27). La ciudad era una de las mejores del Magreb. Blanca y deliciosa ciudad marroquí la llama Emilio García Gómez (28), y su juicio coincide con el de los viajeros que la han visitado en todos los tiempos. Situada en la desembocadura del Bu Ragrag, en un paraje rodeado de huertas, se la describe como dédalo de callejuelas, barrios típicos moros y judíos, zocos, alcaicerías y mezquitas que le dan una fisonomía inconfundible. Los sultanes almohades la mimaron como a una ciudad predilecta, y otro tanto hicieron los meriníes para rivalizar con sus adversarios.

¿Por qué eligió Alfonso X la plaza de Salé, entre todas las africanas, como meta de la campaña? El profesor Ballesteros acude a una bula de Inocencio IV de unos años antes para dar cumplida explicación del sentido humano y moral

(24) *Ibidem*, p. 217.

(25) PÉREZ-EMBED, F.: *La Marina...*, p. 170.

(26) HUICI MIRANDA, A.: «La toma de Salé por la escuadra de Alfonso X». *Hesperis* 39 (1952), 41-74, p. 45.

(27) PÉREZ-EMBED, F.: *La Marina...*, p. 170.

(28) GARCÍA GÓMEZ, E.: «El parangón entre Málaga y Salé de Ibn al-Jatib», *Al-Andalus*, 2 (1934), pp. 183-196.

de la campaña contra Salé. El documento pontificio es del año 1246, expedido en el concilio de Lyon. Zeid Aazón, rey de Salé, hijo de Abu Zayd, que había expresado el deseo de convertirse al cristianismo, donó la ciudad al papa Inocencio IV, quien a su vez la entregó a la Orden de Santiago. Los freires de la orden, cuya ayuda se requería para la conquista de Jaén y Sevilla, no pudieron tomar posesión de la ciudad.

En esta cesión se podría ver un precedente de las concesiones territoriales practicadas por la Santa Sede años y siglos después en casos como las Canarias y América. El pontífice había recibido el reino de Salé como regalo del que se decía rey —en virtud de no se sabe qué títulos—, y lo donaba con la misma facilidad a la Orden de Santiago. Este argumento expuesto por A. Ballesteros (29), basado en la cesión pontificia, le lleva a proponer la hipótesis de que Alfonso X tendría en cuenta tan favorable coyuntura para intervenir.

En cualquier caso, es dudoso que esta concesión pontificia influyera en la decisión del Rey Sabio de emprender la expedición contra Salé. La explicación habría que buscarla más bien en el relato de los acontecimientos que nos han dejado las fuentes árabes, donde se alude a la llamada hecha a los cristianos por el propio Yaqub ben Abd Allah, dueño de Salé, como veremos.

Las fuentes musulmanas ofrecen una explicación más aceptable que la que brindan las crónicas y documentación cristianas. Según éstas, el norte de África se encontraba en un momento de transición, ya que los benimerines aún no habían destruido el imperio almohade. El emir meriní Abu Yusuf Yaqub ben Abd al-Haqq (1258-1286) acababa de ocupar Rabat, mientras que su sobrino Yaqub controlaba Salé. Éste, deseoso de hacerse independiente, había solicitado a fines de 1259 o en 1260 el envío por parte de Alfonso X de 200 caballeros, con cuya ayuda esperaba mantener su independencia bajo la protección castellana. Alfonso consideró que ésta era la oportunidad que esperaba para extender su poder al norte de África.

La Crónica de Alfonso X (30), que recogemos en el apéndice al presente trabajo, apenas menciona el suceso en el capítulo XIX; además, la expedición contra Salé no ocurrió, como afirma el cronista, en 1269, sino en 1260. Por otro lado, a causa del impreciso lenguaje de la Crónica, la peripecia de Salé ha sido confundida a veces con los datos referentes a la conquista de Cádiz, confusión inducida por la similitud de las grafías pero que, finalmente, ha sido aclarada. Lo sucedido, según el relato —ocupación y saqueo de la ciudad marroquí—, recuerda más a una operación pirática o, como mucho, de tanteo que a una cruzada en toda regla.

Es necesario recurrir a las fuentes árabes, que tienen particular importancia por la minuciosa relación de los hechos que nos han dejado; el relato de Ibn

(29) BALLESTEROS BERETTA, A.: *op. cit.*, p. 274, y «La toma de Salé en tiempos de Alfonso X». *Al-Andalus*, 8 (1943), 89-128, p. 105.

(30) GONZÁLEZ JIMÉNEZ, M. (ed.): *Crónica de Alfonso X*. Real Academia Alfonso X el Sabio, Murcia, 1998, cap. XIX, pp. 53, 54.

Jaldun, cuya obra ya ha sido aquí citada (31), concuerda en sustancia con Rawd al-Qirtas (32). Ambos han sido completados, para este hecho concreto de la toma de Salé, por el nuevo manuscrito de Al-Bayan que A. Huici Miranda estudió y publicó (33). En el apéndice final ofrecemos los relatos de Rawd al-Qirtas y de Al-Bayan junto a la Crónica alfonsina.

Los manuscritos del Anónimo de Madrid y Copenhague (34) pasan rápidamente, tras un breve relación de los sucesos del año 653 (1255-1256), a la conquista de Salé por el emir benimerín Abu Yusuf Yaqub, sin indicar antecedentes ni fecha, lo que ha podido propiciar el yerro cronológico de ubicar en el año 1255 un suceso ocurrido cinco años después (35).

La cronología del episodio de Salé se puede fijar con toda exactitud. Tanto Al-Bayan como el Rawd al-Qirtas e Ibn Jaldun coinciden en el año (658) y en el mes (principios de *Sawwal*), al celebrarse la fiesta de la ruptura del ayuno. El manuscrito de Al-Bayan, con el que trabajó A. Huici Miranda, fija las fechas con gran exactitud; coincide casi por entero con el Rawd al-Qirtas y añade una mayor corrección a los datos ya conocidos.

A principios de septiembre de 1260 ya estaba preparada una flota de 37 embarcaciones de diferentes tipos, que incluía carracas, navíos, galeras y barcas. Nadie conocía su destino, pero los moros de la costa mediterránea, conscientes de que algo se preparaba, pusieron sobre aviso a todas las ciudades. El alfaquí Abu-l-Abbas al-Azafi, señor de Ceuta, escribió a los puertos y poblaciones de la costa marroquí para darles la noticia y prevenirlos. Parte de la población de Salé abandonó la ciudad por seguridad, aunque la mayor parte, ajena al peligro que la amenazaba, permaneció en ella.

La Crónica de Alfonso X refiere que la flota estaba mandada por Juan García de Villamayor y Pedro Martínez de Fe. Este último, que recibiría más adelante tierras en Arcos de la Frontera, posiblemente como recompensa por sus servicios en esta expedición, debía de ser un marino experimentado y tuvo el encargo de conducir la flota a Salé, mientras Juan García sería el comandante en jefe. La flota se hizo a la mar a principios de septiembre, y dado que el viaje duraría unos cuatro días y que Ibn Idhari (36) afirma que llegó a la vista de Salé el 8 de septiembre, la expedición debió de iniciarse el 4 de dicho mes.

(31) Véase n. 19.

(32) IBN ABI ZAR: *Rawd al-Qirtas* (trad., A. Huici Miranda), 2 vols. Valencia, Colección Textos Medievales, 1964.

(33) Véase n. 26.

(34) *Anónimo de Madrid y Copenhague* (trad., A. Huici Miranda). Anales del Instituto General y Técnico de Valencia, 1917.

(35) A. Ballesteros Beretta, en su excelente obra sobre Alfonso X, repetidamente citada en este trabajo (n. 12), en la p. 275 dice, refiriéndose al Anónimo de Madrid y Copenhague: «Pero incurre en el yerro cronológico de colocar en el año 1255 un suceso ocurrido cinco años después». De la misma manera, en su artículo «La toma de Salé», también citado aquí (n. 29), que fue publicado cuando no se disponía todavía del manuscrito de Al-Bayan traducido por Huici Miranda, dice en la p. 116: «El Anónimo de Madrid y Copenhague (...) prescindamos del error de la fecha...».

(36) IBN IDHARI: *op. cit.*, t. 3, pp. 261-262.

Las circunstancias en que se tomó la plaza por los cristianos nos las narra Ibn Jaldun (37) como sigue:

«Al apoderarse el emir Abu Yahya de Salé, confió el gobierno a su sobrino Yaqub ben Abd-Allah. Poco después, los almohades recobraron la ciudad, y Yaqub merodeó por los alrededores, espionando el momento de sorprender a sus defensores. Murió Abu Yahya y le sucedió Abu Yusuf. El gobernador de Salé estaba ofendido con su tío por alguna injusticia y se retiró a Gabula. Proyectó Yaqub ben Abd-Allah vengarse de su tío el emir. Se apoderó de Salé y de Ribat al-Fath, su gobernador, Ibn Yaalu, se embarcó con rumbo a Azemmur abandonando su haren y sus tesoros. Ya dueño de Salé, decidió Yaqub ben Abd-Allah poner la plaza en situación defensiva para poder resistir los esperados ataques del sultán. Entabló negociaciones con mercaderes extranjeros para que éstos le facilitaran suficientes armas. El año 658 de la Hégira [1260 d.C.], el puerto se llenó de tal manera de navíos cristianos, que las tripulaciones de las naves superaban la población de Salé. La ocasión era de tal manera propicia, que los cristianos no la desdeñaron, y al terminar el Ramadán, o sea a comienzos de septiembre, mientras el pueblo celebraba el final del ayuno, asaltaron la plaza, raptaron las mujeres y saquearon la ciudad. Yaqub ben Abd-Allah se encerró en Rabat y envió un correo rápido al sultán Abu Yusuf, a fin de informarle de la desgracia y pedirle pronto socorro».

El relato del historiador africano da la impresión de ser exacto en líneas generales. Su descripción explica la manera de sorprender los cristianos la plaza, y nos transmite que el puerto era un hervidero comercial, emporio del Magreb occidental. No obstante, se aprecia una exageración en la cifra de cristianos asaltantes, cuyo número, afirma, superaba al de la población.

Hay una circunstancia a tener en cuenta entre todos los detalles de la información proporcionada. Las naves cristianas que traían las armas eran de comercio, y aunque la diferencia entre embarcaciones de guerra y mercantes fuera convencional, de la narración se infiere que los cristianos encubrieron sus intenciones y emplearon el engaño. Tenían el propósito decidido de apoderarse de la plaza y fingieron tratos mercantiles para llevar a cabo la empresa. La flota era de guerra, y su condición de tal se disimuló para asegurar el éxito con la sorpresa, concluye Pérez-Embid (38).

Según el manuscrito de Al-Bayan, transcrito en el apéndice de este trabajo, que ofrece el relato completo de los sucesos de Salé en 1260 y la aclaración de los puntos dudosos u omitidos por Ibn Jaldun y Rawd al-Qirtas, a la muerte del emir benimerín y conquistador de Fez Abu Yahya, en 1258, una facción importante de jeques proclama a su hermano Abu Yusuf Yaqub, relegando al hijo de aquél, Umar, a Miknasa (Mequinez), donde será asesinado en 1259 por unos parientes suyos para cobrarse una deuda de sangre, incitados, muy probablemente, por su tío, el nuevo sultán (39).

(37) IBN JALDUN: *op. cit.*, t. IV, p. 46.

(38) PÉREZ-EMBED, F.: *La Marina...*, p. 171.

(39) HUICI MIRANDA, A.: «La toma...», p. 42.

Poco después, otro sobrino de Abu Yusuf Yaqub, hijo no de Abu Yahya, sino de otro hermano llamado Abd-Allah, Yaqub ben Abd Allah, indignado por la usurpación de su tío, se marcha a la región de Tamasna con un contingente de benimerines desafectos al nuevo sultán, y concibe la idea de apoderarse de Salé.

Una noche, dice Al-Bayan, llegó con todas sus fuerzas ante las puertas de la ciudad; algunos de sus hombres aplicaron escalas a la muralla, la coronaron y, asaltando la torre que protegía la puerta, exterminaron a sus defensores. Tras romper los cerrojos, abrieron paso a los atacantes, que enarbolaron su bandera en lo alto de la torre. Se dio la voz de alarma y los habitantes que acudieron hacia la puerta, al verla ocupada, corrieron a ocultarse en sus casas. Los asaltantes, que habían forzado la puerta exterior, se abrieron paso por el recinto interior. Muchos habitantes de la ciudad, para ponerse a salvo, cruzaron el río a nado, refugiándose en Rabat, y los benimerines se entregaron al saqueo toda aquella noche y el día siguiente.

Yaqub ben Abd Allah, una vez dueño de Salé y de Rabat, se proclamó independiente. Trató de ganarse el afecto de los habitantes, reunió un pequeño ejército y, siguiendo la tradición de los almohades y benimerines, que tenían a sueldo tropas cristianas, escribió a Alfonso el Sabio para que le enviase 200 soldados cristianos con que resistir los ataques del sultán de Fez o de los almohades. A. Huici Miranda (40) pone de relieve que la frase de Ibn Jaldun de que Yaqub ben Abd Allah «entró en tratos con comerciantes de guerra» se ha interpretado, en ocasiones, de forma errónea como comerciantes que vendían armas. Alfonso X debió de ver en la llamada del príncipe musulmán la ocasión para realizar su dificultoso y aplazado proyecto de organizar una cruzada y poner el pie en Marruecos.

Siguiendo el relato de los acontecimientos del manuscrito de Al-Bayan, el último día de Ramadán (8 de septiembre de 1260) (41) las naves cristianas aparecieron a la altura de Salé; sus habitantes no le dieron importancia, creyendo que se trataba de comerciantes, hasta que poco a poco se reunieron ante el estuario 12 carracas, dos naves y varias galeras y embarcaciones de carga hasta llegar su número a 37 navíos. El viernes 10 de septiembre, día en que concluía el ayuno del Ramadán, la flota castellana entró en la desembocadura del Bou Regrer. La gente de la ciudad, en plena celebración de la festividad religiosa, pensó en un primer momento que se trataba de barcos mercantes, por lo que se vieron desagradablemente sorprendidos cuando los castellanos comenzaron a desembarcar. En disposición de combate, precedidos por los arqueros, avanzaron hacia la ciudad, en la que penetraron sin dificultad por el lado que no tenía muralla. Tomados por sorpresa, los musulmanes, desarmados, eran una presa fácil; sólo unos 20 jinetes encontraron armas y les hicieron frente hasta sucumbir. La muchedumbre, presa del pánico, se agolpó en la puerta de la ciudad, donde fueron muchos los que murieron aplastados. Yaqub, sorprendido, contempló desesperado desde el alcázar cómo los castellanos se apoderaban de

(40) *Ibidem*, p. 44.

(41) *Ibidem*, pp. 46 y ss.

la ciudad. Los muertos fueron numerosos; las mujeres y los niños, concentrados en la mezquita principal, y muchas de aquéllas resultaron violadas. Las mezquitas y casas fueron saqueadas y destruidas. Enseguida se mandó un mensajero al emir Abu Yusuf, quien se presentó en Salé al día siguiente al frente de una pequeña tropa que fue aumentando en las dos semanas siguientes.

Según la Crónica alfonsina, mientras Pedro Martínez ponía a resguardo la flota, Juan García ordenaba a sus tropas el saqueo de la ciudad. Una vez hecho esto, las tropas castellanas se retiraron de Salé antes de que pudieran ser cercadas por los moros. Tras haber ocupado la ciudad, la abandonaron llevándose consigo un botín de oro y plata entre otras cosas, además de numerosos cautivos.

El sultán benimerín Abu Yusuf Yaqub estaba en Taza, donde la noticia de lo ocurrido en Salé le llegó a los dos días (12 de septiembre). Aquella misma tarde, con una escolta de 50 caballos se dirigió hacia Salé, ante cuyos muros se presentó a la tarde siguiente. En su camino, y al acampar a la vista de la ciudad, convocó a las cabilas del Garb y de la región que rodea la plaza. Los contingentes musulmanes engrosaban día a día, y Salé quedó cercada. A propósito de esta cabalgada, apunta A. Huici Miranda (42) que la distancia actual entre Taza y Salé por carretera es de 327 kilómetros, y el camino seguido entonces debía de resultar más largo, por ser menos directo. Hay, por tanto, que acoger este dato con la debida reserva por su manifiesta exageración.

El relato de lo sucedido en Rawd al-Qirtas (43) es parecido:

«Yaqub[,] estando en Ribat-Tazá, recibió noticia de que los cristianos habían entrado en Salé a traición, pasando a cuchillo a sus habitantes, robando sus mujeres y bienes y fortificándose en ella; el emir salió al punto en su socorro, y acompañado de unos cincuenta caballos anduvo toda la noche, y habiendo llegado en un día y una noche, se reunió un ejército musulmán, compuesto de las cabilas sometidas de todas las regiones del Magreb, para sitiar a los cristianos; los apretó el emir y no cesó de combatirlos día y noche, hasta que la tomó y arrojó a los cristianos por fuerza de ella, catorce días después que la ganaron. Expulsado el enemigo, construyó el sólido muro, frontero al río, porque aquella parte estaba abierta y por ella entraron los cristianos».

En sustancia, los relatos de Ibn Jaldun y de Rawd al-Qirtas concuerdan entre sí. La descripción de Ibn Jaldun (44) es:

«Abu Yusuf estaba en Taza, desde donde vigilaba los movimientos de Yagmurasan, cuando la noticia de lo acaecido en Salé llegó a su conocimiento. Congregó enseguida a sus hombres de guerra y partió a galope con tal rapidez que, a las veinticuatro horas, se encontraba frente a Salé. Acudieron consi-

(42) HUICI MIRANDA, A.: *Historia política del imperio almohade*, t. II. Granada, 2000, p. 559.

(43) IBN ABI ZAR, II, p. 571.

(44) IBN JALDUN, t. II, pp. 335 y ss.

derables refuerzos de tropas asalariadas y de voluntarios. Después de catorce días de asedio, dieron los musulmanes el asalto y perecieron en él muchos infieles. El sultán dio la orden de cerrar con sólida construcción la brecha del muro occidental que había permitido al enemigo el entrar en la plaza. Para merecer aún más favor divino, trabajó el mismo con sus manos en la obra de la muralla. Puso luego guarnición en Ribat al-Fath, que Yaqub ibn Abd-Allah había abandonado temiendo su cólera».

Ante el peligro de verse asaltados por fuerzas tan superiores en número, y no contando con sólidas defensas, el jefe de la expedición y almirante de Castilla, Juan García de Villamayor, decide abandonar la plaza; en la noche del 21 al 22 de septiembre los cristianos la evacuan con todo sigilo, transportando a sus naves los cautivos y todo el botín caído en su poder. No hubo, por tanto, asalto a la ciudad ni violentos combates durante el corto asedio. El manuscrito de Al-Bayan asegura que si los cristianos, en vez de huir, hubiesen permanecido unos días más en Salé, los musulmanes se habrían vengado, entrando en ella a viva fuerza. Al describir la evacuación cristiana, Al-Bayan nos da interesantes pormenores:

«Prenden fuego —dice— a la ciudad; casas, mezquitas y mercados se cubren de llamas y en ellas arden todos los muebles y mercancías que por su pesadez no pueden llevarse. Dejan sus enseñas enarboladas en lo alto de las murallas, colocan muñecos entre las troneras para aparentar que mantienen sus guardias y centinelas y van levando anclas poco a poco con la mayor cautela. Al amanecer del miércoles 14 de *Sawwal* [22 de septiembre] unos voluntarios musulmanes se arriesgan a aplicar escalas a la muralla y se les aclara la situación al escalarla y encontrarla desierta. Se pregona la noticia en el campamento benimerín y Abu Yusuf con sus tropas entra sin lucha en la ciudad [al entrar vencedor en Salé y ocupar también Rabat, se apresuró a amurallar el lado que daba al río, por el que se había efectuado el asalto]» (45).

En este texto existe una variante fundamental respecto a *Rawd al-Qirtas* y a Ibn Jaldun. Los cristianos no esperaron el asalto y se embarcaron. Comprendían la superioridad creciente del enemigo, que les atacaba por tierra, aunque los sitiadores no disponían de material para batir las murallas y se limitaron a hostigarlas con flechas y piedras (46). Tenían libre el acceso por mar y garantizada la supremacía en este elemento, dado que los musulmanes no podían perseguirlos porque no tenían flota o ésta era muy inferior. Como se puede observar, al leer las fuentes musulmanas no hay coincidencia en el número de días que los cristianos permanecieron en la plaza. Según el *Rawd al-Qirtas*, la plaza se recobra a los catorce días de pérdida; según Al-Bayan, la toma acontece a los trece.

(45) HUICI MIRANDA, A.: «La toma...», p. 48.

(46) *Ibidem*, p. 47.

El Anónimo de Madrid y Copenhague (47) amplía las circunstancias del abandono de la ciudad africana relatando lo siguiente:

«Cuando supo el emir Abu Yusuf lo sucedido con la gente de Salé y cómo se habían apoderado de ellos los cristianos, acudió con su ejército y sitió a los cristianos apretadamente. Concurrió con la gente del Garb y sus confines al cerco, combatiéndola día y noche con flechas y piedras; duró el ataque trece días del mes de *sawwal*, hasta que salieron de ella los cristianos con los musulmanes que habían caído en sus manos, grandes y pequeños, y con las innumerables riquezas de que se habían apoderado en la ciudad, cosa que causaba estupor. Lleváronlos a sus naves con el dinero y objetos que encontraron en la ciudad, y entonces se apresuran a huir y se lanzaron al mar; si se hubiesen quedado unos días más se hubiesen vengado de ellos los musulmanes, hubieran tomado la ciudad por asalto y matado a los que había dentro de sus muros; pero las cosas suceden conforme a la voluntad de Dios».

La escuadra cristiana, con la precipitación de la huida, nos cuenta Al-Bayan, no repostó debidamente agua, ni tuvo en cuenta que esa necesidad sería mucho mayor por el gran número de cautivos que embarcó consigo; y, para colmo de desdichas, le faltó viento con que regresar a Cádiz. Para abastecerse de agua, los cristianos intentaron desembarcar en las playas al norte de Salé; pero, como su avance era muy lento, la infantería y la caballería musulmanas los seguían y espiaban por la costa, atacando y matando a los que intentaban hacer aguada. Se destacó una carraca hacia Larache, y al no poder repostar agua por la fuerza, ofrecieron comprarla, a cambio de algunos cautivos y dieron 53 personas, en su mayoría mujeres y niños.

El almirante, furioso por el fracaso, que atribuía a sus subordinados, pensó, según Al-Bayan, en quemar vivos a sus principales colaboradores, que después de un éxito inicial tan espectacular le habían hecho fracasar y perder su conquista. Unos 20 caballeros, los que más podían temer su venganza, pasaron al servicio de Abu Yusuf Yaqub. Enterado, al parecer, por ellos de los planes de Alfonso X para llevar la guerra a Marruecos, envió el sultán personas de su confianza a Andalucía para que le informasen con toda claridad sobre las actividades cristianas, y por ellas supo que el rey castellano, deseoso de llevar a cabo sus planes, tanto tiempo aplazados, de cruzada y conquista en África, preparaba una segunda expedición para apoyar a la primera y consolidar su éxito (48).

Al-Bayan nos relata que Alfonso X, indignado al recibir la noticia de la pronta reconquista de la plaza por los musulmanes, juró que castigaría a los capitanes responsables y a su almirante, Juan García de Villamayor. Éste, prosigue el texto árabe, enterado del estado de ánimo de su rey y avergonzado de su fallida empresa, abandonó con tres carracas el grueso de la escuadra y fue a refugiarse en Lisboa, donde se estableció definitivamente.

(47) Anónimo de..., p. 197.

(48) HUICI MIRANDA, A.: «La toma...», pp. 49-50.

Se desembarcaron en Cádiz 380 cautivos, a quienes rescataron los musulmanes andaluces, sobre todo los de Jerez, de modo que pudieron regresar luego a Salé. Al-Bayan, después de sentar esta afirmación, acoge con un «se dice» el rumor, al parecer infundado, de que fueron 3.000 los cautivos reunidos en Sevilla, la mayoría de ellos niños y viejos de ambos sexos. El emir Abu Yusuf Yaqub, un mes después de reconquistada Salé, enviaba a Abu Bakr ben Yala para tratar de su rescate. Un grupo con el cadí de Salé, Abu Alib Asara, fue rescatado a expensas del sultán; los que tenían familia y bienes pagaron sus rescates; a una parte de los indigentes, desprovistos de medios y fortuna, se los libertó con las limosnas de los musulmanes, y finalmente otros, cuyo número se desconoce, quedaron en poder de los cristianos y se perdió su rastro en el cautiverio.

El príncipe rebelde Yaqub ben Abd Allah teme la ira de su tío y abandona la alcazaba de Rabat; se retira al castillo de Aludan, en las montañas de Gomara, y el sultán envía a su hijo para rendirlo; pero los Banu Idris, parientes del sultán y del rebelde, apoyan a éste y secundan sus miras; se acogen a Alcazarquivir y luego se atrincheran en Gomara, aunque pronto se someten y Abu Yusuf los envía con 3.000 benimerines a al-Andalus, para hacer la guerra santa en represalia por el asalto y saqueo de Salé. Es el primer ejército benimerín que cruza el Estrecho (49).

La Crónica de Alfonso X ofrece, desfigurados, algunos de los pocos datos interesantes que encontramos en las fuentes cristianas sobre este episodio (50). Comienza por aplicar a Cádiz la expedición de Salé. La grafía correcta, «Çalé», al suprimirle la cedilla en la errática ortografía de los copistas medievales y quedar en «Calé», dio lugar a que los sucesivos amanuenses la fuesen transformando en «Cales», «Cáliz» y, por fin, en «Cádiz», a pesar de consignarse expresamente en el texto que se trataba de un puerto «allende la mar». La descripción que da de la toma y saqueo sólo se puede aplicar a Salé, tanto más si se tiene en cuenta que Cádiz estaba despoblada, como puntualiza Al-Bayan, y no se necesitaba una escuadra para conquistarla. El jefe de expedición es Juan García de Villamayor, nombrado almirante por favor real, el cual dirige el asalto y entra en la ciudad mientras Pedro Martínez, su segundo, más experto en «fechos de mar», en opinión de Ballesteros, «fincó en la guarda de la flota con todos los marineros». En cuanto a la afirmación gratuita de la Crónica de que los fracasados expedicionarios «viniéronse para Sevilla sin ninguna contienda et el rey don Alfonso, desde lo sopo, ovo ende grande plazer», se le oponen los datos concretos que nos suministra Al-Bayan. Y respecto a los cuatro días que señala la Crónica para la permanencia de los asaltantes en la plaza, puede ser una errata por catorce, como ya apuntó A. Huici Miranda (51).

(49) *Ibidem*, pp. 51,52.

(50) Crónica, cap. XIX.

(51) HUICI MIRANDA, A.: «La toma...», p. 50.

Esta operación es un primer intento peninsular de instalar bases militares en la costa marroquí. Su fracaso tuvo importantes consecuencias para Castilla: aplazó por largos años los intentos de volver a poner pie en Marruecos y provocó, en opinión de Huici Miranda (52), el afán de los benimerines de vengar esta ofensa y prevenir nuevos desembarcos, exaltando la xenofobia de sus súbditos y haciendo de la guerra santa en al-Andalus una de las bases de su política.

En opinión del profesor O'Callaghan (53), no fue nunca propósito del rey utilizar Salé como una base de penetración en Marruecos, y el hecho de que se saqueara sistemáticamente la ciudad indica que no era intención de Alfonso permanecer en ella. Por otra parte, no se puede negar que el asalto a Salé demostró la capacidad de Castilla para llevar a cabo una rápida acción naval a cierta distancia de sus costas, y testimonia que Alfonso X seguía entusiasmado con la idea de cruzada y estaba presto para continuar la empresa africana.

Apéndice

Crónica de Alfonso X (54)

«En los diez e siete annos del regnado desde rey don Alfonso, que fue en la era de mill e trescientos e siete años et andaua el año de las nasçençia de Ihesu Christo de mill e doscientos e sesenta et nueve annos, seyendo el rey llegado a Seuilla, sopo que la villa de Çalé, que es puerto allende la mar se estauan las gentes della seguradas e las puertas de la villa que las non guardauan de día nin de noche non las çerrauan. Et dixieron al rey que sy enbiase y la su flota con gentes, que tomaría aquella villa de Çalé. Et el rey tenía en este tiempo deresçada su flota e era almirante della Pero Martínez de Fe et otrosy era con el rey un rico omne su vasallo e dezíanle don Juan Garçía. E mandó que él et Pero Martínez, su almirante, e otros muchos caballeros e escuderos que entrasen en la flota et que fuesen tomar [la villa] de Çalé. E commo las gentes estauan seguras e tenían las puertas de la villa abiertas de noche (e de día), los cristianos tomaron la villa. Et en la entrada mataron y algunos moros, e murieran más sy non que cataron todos por foyr e non cató ninguno por la defender. Et los cristianos apoderáronse en las torres del muro e en las puertas de la villa. Et don Juan Garçía entró en la villa e mandó que tomasen las fortalezas e que pusiesen muy buen recabdo en las puertas, e defendió que non robasen nin tomasen ninguna cosa de lo que estaua en la villa. Et Pero Martínez el almirante fincó en la guarda de la flota con todos los marineros, e don Johán Garçía e los que estaban con él apoderáronse de la villa e tomaronla quatro días en su poder. Et en estos

(52) *Ibidem*, p. 52.

(53) O'CALLAGHAN, J.: *op. cit.*, p. 219.

(54) GONZÁLEZ JIMÉNEZ, M. (ed.): *Crónica de Alfonso X. Según el Ms. II/2777 de la Biblioteca del Palacio Real (Madrid)*. Real Academia Alfonso X el Sabio, Murcia, 1998, cap. XIX, pp. 53, 54.

CONCEPCIÓN CEREJO MARTÍNEZ

quatro días tomaron ende lo que quisieron, en que ouo muchas mercadurías e oro e plata et otras cosas de muy grandes preçios, e pusiéronlas en las naues e en las galeras. E porque sopieron que se apellidaua oda la tierra e se ayuntauan muy grandes gentes de moros para venir allí por mar e por tierra, e ellos tenían el acorro muy lexos, ovieron a dexar la villa. E troxieron ende muchos moros e todo lo al que quisieron traer, e viniéronse para Seuilla syn ninguna contienda. Et el rey don Alfonso, desde lo sopo, ovo ende grant plazer».

Rawd al-Qirtas (55)

«... el 4 de *shawwal* [12 de septiembre de 1260], Yaqub ben Abd al-Haqq recibió noticia de que los cristianos habían entrado en Salé a traición, pasando a cuchillo a sus habitantes, robando sus mujeres y bienes fortificándose en ella; la tomaron el 2 de *shawwal* del año 658 [10 de septiembre]. El emir salió al punto en su socorro con gradísima prisa; salió del ribat de Taza después de hacer la oración del atardecer, el 4 de *shawwal*, en que recibió la noticia, y, acompañado de unos cincuenta caballos, anduvo toda aquella noche, y al día siguiente hizo la oración del atardecer a la vista de Salé, habiendo llegado en un día y una noche. Acampó sobre ella contra los cristianos y se reunió un ejército musulmán, compuesto de las cabilas sometidas de todas las regiones de al-Magrib para sitiar a los cristianos; los apretó el emir y no cesó de combatirlos día y noche, hasta que la tomó y arrojó a los cristianos por la fuerza de ella, catorce días después que la ganaron. Expulsado el enemigo, construyó el sólido muro fronterizo al río, porque por aquella parte estaba abierta y por ella entraron los cristianos; lo construyó desde el arsenal hasta el mar».

Al-Bayan (56)

«El año 658 [1260] quiso Ya'qub b. Abd al-Haqq levantarse contra su tío, Abu Yusuf Ya'qub b. Abd al-Haqq[,] y rebelarse contra él en Salé y aspiró a hacerla suya (...) tranquilizó a los habitantes de Salé y les mostró su adhesión y su amor. Escribió al Rey de Castilla para que le enviase doscientos cristianos que cabalgasen con él y en los que se apoyase para lo que quería...

Cuando le llegó al rey de Castilla —a quien Dios aniquile— la carta de Ya'qub b. Abd Allah, se le apoderó el deseo de meter a sus infieles en ella [y] de que la conquistasen y se ocupó en equipar naves en el río de Sevilla. Ningún musulmán ni ningún infiel supo hacia qué país se dirigían. El alfaquí Abul-Abbas al-Azafi escribió desde Ceuta, dando a conocer la noticia de aquella preparación

(55) IBN ABI ZAR: *Rawd al-Qirtas* (trad., A. Huici Miranda), 2 vols. Valencia, Colección Textos Medievales, 1964. t. II, pp. 571,2.

(56) Manuscrito de al-Bayan; trad., A. Huici Miranda. Apéndice de *idem* «La toma de Salé por la escuadra de Alfonso X», *Hesperis* 39 (1952), 41-74, pp. 61-71.

a todos los puertos y lugares, advirtiendo a todo el mundo de su traición y alevosía (...) Al fin del mes de Ramadán de ese año aparecieron en el mar carraca tras carraca y pensó la gente que eran comerciantes, hasta que fueron llegando poco a poco y se reunieron doce carracas, dos naves y galeras y barcos de carga hasta llegar el número de navíos a treinta y siete, todos llenos de infieles cristianos...

Al llegar el viernes, segundo día de la fiesta de la ruptura del ayuno [10 de septiembre de 1260] descubrió el enemigo la traición que ocultaba y entraron las naves corsarias en el río, después de llenarse de arqueros y de atacantes enemigos. El lado del río no tenía muralla y a nadie le ocurrió que fuese sitiado por allí. Saltaron los infieles de las naves y los musulmanes los contemplaban con sus ojos hasta que se alinearon en las filas y se reunieron sus grupos, todos recubiertos con corazas, mientras que los musulmanes estaban congregados sin armas ni corazas, rendidos al destino, manteniéndose en fila tras fila.

Los cristianos avanzaron hacia ellos en grupos y filas ordenadas, precedidos por sus arqueros y sus opresores dispuestos al combate; los musulmanes no tenían nada de armas ni de flechas, pero algunas gentes obtuvieron el martirio y murió cierto número de ellos y otros lucharon con jabalinas, que se pudieron encontrar; eran unos veinte jinetes y combatieron hasta que fueron muertos —Dios se apiade de ellos—, después de resistir con gran tenacidad. Entretanto se agolparon las gentes para salir por la puerta y salió el que salió de ellos con gran esfuerzo y murió en la apretura un número que no lo cuenta sino el Oidor y el Sabedor [Dios].

... Yaqub b. Abd Allah se mordía las manos (...) los miraba desde su alcazaba, cómo caía sobre ellos la muerte y el cautiverio...

Cuando entraron los cristianos en ella y la dominaron por traición, mataron a los hombres que encontraron y cautivaron a las mujeres y a los niños y los encerraron en la mezquita mayor, presos y con las almas abatidas; se divertieron con las mujeres y las vírgenes y mataron a los viejos y a las ancianas mayores, derramaron la sangre y violaron los hogares y destruyeron las mezquitas y las casas y llenaron las murallas de escudos y arcos.

Ello es que cuando llegó al emir ilustre, Abu Yusuf, la noticia de la gente de Salé y su conquista por los cristianos, corrió con sus tropas hacia ella y sitió a los cristianos en ella con el mayor asedio. Se reunieron sobre ella los musulmanes del Garb y de la región que la rodea y los atacaban noche y día con flechas y piedras; duró el combate por espacio de trece días [9-21 de septiembre] hasta que salieron de ella los infieles...

Entonces se apresuraron a huir y se lanzaron a lo ancho del mar, y si hubiesen permanecido en ella unos días, se hubieran vengado de ellos los musulmanes, los hubieran entrada al asalto y les hubieran matado...

Ello fue que, cuando vio el enemigo —¡a quien Dios aniquile!— que se multiplicaban los musulmanes sobre la ciudad citada y su afluencia sobre ella de hora en hora y al pasar los momentos y los tiempos y que no disminuía noche y día la llegada y la concentración y que no pasaba ningún tiempo sin que un grupo sucediese a otro grupo, infundió Dios el miedo en sus corazones y al levantarse los contingentes musulmanes, se anunció su huida y amanecie-

ron el miércoles 14 del citado *Sawwal* [22 de septiembre] cuando ya Dios había limpiado la tierra de su heterodoxia. Los cristianos se lanzaron a lo ancho del mar en sus naves y Dios mandó al viento que no los ayudase y las olas los fueron llevando a derecha e izquierda y al sur y al norte y por su preocupación en huir no se provisionaron mucho de agua (...) Fueron dirigiéndose a las playas con la esperanza de apoderarse de una aguada que saciase su sed, proporcionándoles el beber una y otra vez. En todos los sitios a que se dirigían, se encontraban con ellos los infantes y jinetes musulmanes, que los rechazaban (...) y perdieron cierto número de hombres...

Llegó una carraca suya a la parte de Larache; intentaron tomar agua, pero no lo pudieron y trataron de comprarla con algunos de los cautivos que tenían en su poder; se accedió a ello (...) Se entregaron, de los cautivos musulmanes citados, cincuenta y tres personas, en su mayoría mujeres y niños. Refirieron que su insolente [jefe], el Castellano, se propuso quemar vivos a sus caudillos, irritado contra ellos porque le habían hecho fracasar y para consolarse de lo que había llegado a su poder y se le había hecho perder; y por esto pidió un grupo de unas veinte personas el *aman* a los musulmanes, y se lo dieron...

... El tirano [Alfonso X], a quien Dios aniquile, había preparado un contingente muy numeroso y muy bien equipado para que apoyase a los infieles que se habían apoderado de Salé, pero cuando llegó la noticia de la conquista [por los benimerines] con que se les cerró la puerta de la esperanza y se les estrechó lo ancho del campo, estuvo el enemigo a punto de estallar y de morir de pesar. Juró por la fe de su infidelidad que castigaría a sus partidarios fracasados y que cocería a su jefe, Juan García, por su actuación inicial. Llegó [la noticia] de esto al citado Juan y huyó, con tres carracas[,] a Lisboa, donde permaneció residiendo y no volvieron a Cádiz, donde se habían equipado las citadas naves, sino unas veinticinco y las demás se dispersaron totalmente y se deshizo por completo su formación por temor al tirano a quien ¡Dios aniquile!

Se desembarcaron trescientos ochenta cautivos musulmanes, a quienes rescataron los musulmanes de Jerez y otras partes... Se dice que el total de los cautivos de Salé que se reunieron en Sevilla, fue de tres mil personas entre hombres y mujeres, pequeños y grandes....

Envió el emir Abu Yusuf, Dios se apiade de él, a Abu Baku b. Yala a mediados del mes de *Du-l-qa'da* del año que historiamos [22 de octubre] para libertar a los citados cautivos y Dios soltó su cautiverio por medio de él y rescató a la mayoría de ellos. Había sido cautivado entre ellos el cadí de Salé Abu Ali b. Asara (...) Todo el que tenía familia o fortuna fue rescatado de su cautiverio y le facilitó Dios su asunto; y a todo pobre indigente lo socorrió Dios con las limosnas de los musulmanes y lo libró del cautiverio (...) Quedaron entre los cristianos otros cautivos...

Cuando entró el ilustre emir Abu Yusuf en la ciudad de Salé, después que se apoderó de ella el enemigo y destruyó sus casas y mezquitas, mandó construir su muralla y reparar sus mezquitas grandes y sus casas. Lo primero que emprendió de estos trabajos fue el empezar por la edificación de su muralla, y levantando por su mano las piedras, las acercaba para la construcción...».